

PASO EN ORDEN A LA SINODALIDAD
LUNES 28 DE FEBRERO DE 2022. EL CÓBANO, COL.

En la primera de las cuatro partes en que se divide el evangelio de Lucas, que hoy se ha proclamado (Lc. 24, 13-35). Escuchamos la historia de dos discípulos, desilusionados, porque las cosas no salieron como ellos esperaban. Así que engañados y vistos como el hazme reír del pueblo (Cfr. Dt 22, 21) caminan con pie cansado, por una polvorosa vereda, de unos once kilómetros, buscando perderse en lo recóndito del país, con tanto pesar, que hasta la vista llevan nublada.

Y creyéndose abandonados en su pesar, ni cuenta se dan que Jesús se une a ese triste caminar y los acompaña, para escuchar de cerca los reproches que mutuamente se hacían. Pues absortos en su tristeza, no caen en cuenta, que Jesús se unió a su camino. Y aunque les preguntó: *¿Qué es lo que vienen conversando por el camino?* (Lc. 24, 17), no lo reconocieron, porque olvidaron que aún en la tristeza, Dios se hace compañero del camino.

Y Cleofás, más que responder increpó a Jesús, tratándolo de ignorante. Y a pesar de las palabras golpeadas, Jesús pacientemente vuelve a preguntar: *¿Qué ha pasado?* Esperando relaten su historia. Y como respuesta central, dicen que han sido traicionados: por las autoridades civiles, que permitieron la muerte, de Jesús. Y, actualizado a nuestro tiempo, diríamos que estuvieron más atentos a contabilizar y esconder el número de muertes, que defender la salud, con herramientas sencillas. Muchos abandonados a su suerte, mientras se aprovechó el tiempo, legalizando el aborto y la ratificación de matrimonios igualitarios. Traicionados por las autoridades religiosas, que dieron la espalda a la esperanza y lograron crucificarlo. Eco de tantos que dicen: “Les pareció incómodo mi servicio y cerraron hasta la casa”. “Ya no encaje en el proyecto del nuevo sacerdote”. “Abandonaron los planes y les dieron carpetazo a nuestras acciones”. “Cerraron hasta el templo y vivieron distantes del pueblo, para cuidar su salud”. Y también se sintieron traicionados por el tiempo, debido a que hace ya “tres planes” de esto, en los que nosotros esperábamos, que sería el libertador. Es cierto que algunas mujeres nos han “desconcertado” (Lc. 24, 20-22), pues vinieron con cuentos: que se están juntando. Que ya hay misas, y pidieron, hiciéramos una colecta para el funeral de varios pobres. Algunos de los nuestros fueron, pero no hallaron ni al sacerdote.

Y, cuando trataron a las mujeres de chismosas, Jesús intervino, y en confianza les dijo: *“¡Qué torpes son, para comprender, y qué duros son para creer lo que dijeron los profetas! ¿Acaso no era necesario que padeciera todo esto?”* (Lc. 24, 25). Y empezando por Moisés y siguiendo con todos los profetas, les explicó lo que decían de él las escrituras. Segunda parte del texto, que nosotros asumimos, para enmendar lagunas. Multiplicando cursos, talleres, retiros y celebraciones en línea. Buscando aclarar el entendimiento, con abstracciones, pero sin conectarlas al corazón; por lo que, muchos miembros del cuerpo de Cristo, se atrofiaron: perdieron el sentido de comunión y movimiento; sin reuniones y presas del miedo que paraliza

Al llegar al pueblo donde se dirigían. Tercera parte del texto. Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: *“Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo”* Y entró para quedarse con ellos (Lc. 24, 29). Y en esta parte del texto se produjo un enorme cambio, porque el extraño se sienta a la mesa y como anfitrión: tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se los dio”. Que es exactamente el lugar en el que hoy nos encontramos. Pero con una actitud y conciencia nueva, porque la pandemia nos llevó a comprender que muchos de los encuentros, a la mesa, fueron rutinarios y medio de sobrevivencia, que no nos hizo *“arder en el corazón”* (Lc. 24, 32), pues volvíamos a casa, buscando encontrar refugio a nuestros miedos. Y después de la experiencia de dolor, abandono, soledad y traición, reconocemos que la Eucaristía es la fuente de la sinodalidad; ya que, nos lleva a encontrar, escuchar y discernir, para reconocer que por más dolorosa que sea la historia, Dios en Jesús, jamás abandona y camina con nosotros. Y si estamos en el lugar donde vemos, palpamos y celebramos la plenitud que esperamos, con mayor fervor debemos encontrarnos en la Eucaristía, alimento de adoración y nutriente que nos capacita para darle vida y consistencia al Pueblo de Dios, sin un proceder verticalista. Ya que, sentados a la mesa, *“el corazón arde”*, y en Jesús optamos por un proceder de forma horizontal, en el ejercicio de una jerarquía sacramental, por el abajamiento, que nos hace asumir, corresponsablemente, nuestra dignidad de bautizados, con corazón de pastores, libres de búsquedas abstractas y formalismos, que lleven al laico a no mirar a Cristo por el espejo retrovisor, sino asumir la responsabilidad de santificar el mundo, desde diversos niveles de dirección, siendo un solo cuerpo (cfr. 1ª. Cor. 12, 12-26), y juntos respondamos más al qué hacer, desde estructuras nuevas, donde el mayor sea el servidor de todos (cfr. Mt. 23, 11. Lc. 22, 26).

Como a los de Emaús, Dios ha permitido, recorramos la vereda de la tristeza, pero no para quedarnos en ella; sino para que ahora supliquemos con mayor pasión: “*Quédate con nosotros*”; por eso, esta plegaria, en orden a la sinodalidad diocesana, lo debemos leer como paso de Dios o kairós, al salir de nuestro encerramiento. Cuarta parte del texto, que hoy se proclamó, para superar lo que ha atrofiado el movimiento y carismas, de muchos bautizados, a causa del clericalismo, racionalismo, inmovilismo y temores, a caminar de noche; porque queremos nuestra fe sea luz que comunique alegría desbordante, al superar toda adversidad, a pesar de las oscuridades y sombras de la sociedad actual, y encontrarnos con las distintas comunidades de nuestras parroquias, compartiendo la convicción de Jesús resucitado. Y en torno a María, dejemos que el Espíritu Santo sea el protagonista y alma de la Iglesia, dejando acrisole nuestra condición humana, nos fusione en proyectos comunes, queme todos los egoísmos, dando su lugar al laico y a la religiosa, en el trabajar como cuerpo, e inculturado el evangelio, al estilo de María de Guadalupe, tengamos un lenguaje y proceder nuevo, donde la participación sea encuentro y escucha de todos, con diversidad de ministerios, vividos a la escucha del Espíritu Santo: discerniendo e integrándonos en un proceso de conversión, que nos permita mirarnos de corazón a corazón, y no movidos por nuestros propios planes (cfr. Hechos 2, 1-11), sino ardientes servidores, que fecundan el pueblo de Dios, por el servicio al reino, y en permanente salida, hagamos camino con los distantes, indiferentes y hasta opuestos. Impulsando el bien común, con todo lo creado y las creaturas, pero inspirados en la comunión de la Santísima Trinidad.

Por eso: necesitamos estar desprendidos de nuestras seguridades, tomar en serio la vida sinodal, sobre todo los presbíteros, y descubrir los signos que reclaman generosidad y fe, al dejar de ver la realidad solo con ojos seculares, de lo contrario terminamos diciendo que todo está mal, al cuantificar solo: el creciente número de pobres, sumar los distintos escenarios de violencia e inseguridad, sacar porcentajes de jóvenes en drogadicción o deserción escolar, porque olvidaremos que Jesús está presente y de forma continua, para ir más allá de los datos, y a la luz de la fe, tengamos un significado nuevo, educándonos para transformar, y a impulsos del Espíritu Santo, escuchemos el grito del pueblo y su sentido de fe, ya que sus angustias se han agrandado, y ahora el alma grita y reclama formas nuevas de trabajo.

Grita el alma, porque las certezas y seguridades en las que fuimos educados, ya no son certezas ni seguridades para las nuevas generaciones, quienes se sienten desaprobados en sus actitudes, que es verdad tienen luces y sombras, debido a que nos faltó educarnos en los afectos. Y fue la razón por la que los de Emaús cambiaron el camino de tristeza, en camino de alegría, para encontrarse con la comunidad, escucharse y dar vitalidad a la misión (cfr. Lc. 24, 33-35). Y hoy, ante tanto relativismo o emotivismo exagerado; urge desprendernos de una autoridad verticalista, para valorar el aprecio nuevo por la vida, tanto afectiva como comunitaria, solidaria y ecológica; valorar el diálogo y la paciencia; así como la búsqueda de la verdad unida a la caridad, para asumirla y purificarla. Sólo allí comienza un camino pedagógico, que nos abre a Dios, y nos lleva a aprender del laico, por sus luchas diarias, en las trincheras de la vida, pues ésta es la forma de ser de la Iglesia, desde sus orígenes, a la que llamamos sinodalidad. Ya que, la Sagrada Escritura nos enseña que: el encuentro, diálogo y discernimiento, es camino comunal, cuando se busca tomar decisiones pastorales, que reflejen lo más posible la voluntad de Dios, basándose en la voz viva del pueblo (ICT, 5 y 8) y a la escucha de lo que el Espíritu Santo dice a la Iglesia, para caminar juntos.

No es tiempo de esperar que los alejados, pobres y marginados, vengan a nosotros, hay que llegar a los distintos ambientes, porque la fe se fortalece con el espíritu misionero, de otra manera la fe se aburguesa. Y todo proceso sinodal pretende promover una experiencia viva de discernimiento, que impulse la misión de la Iglesia en el mundo; de ahí la necesidad de inspirar a todas las personas, a soñar, con la Iglesia que estamos llamados a ser, en ésta época de cambios.

Y si hoy, más de la mitad del país son pobres. Yendo a ellos, en nombre de Jesús, nos hacen bien las palabras del Papa Francisco, que dijo: “Una dimensión constitutiva de la fe es dejarnos evangelizar por los pobres”. Ellos nos enseñan a entregarnos a Jesús, cuando nuestra capacidad de caminar con ellos es permanente, corresponsable y creativa. Superando el asistencialismo, e impulsando más la promoción humana, porque se trata de transformar.

Necesitamos estar en permanente salida, y buscar obreros para la mies, ofreciendo a los jóvenes propuestas existenciales de vida, para desgastar su vida por Cristo, ya que, si están aletargados o distantes, es porque no ven en nosotros pasión para luchar por la vida, la verdad y la vida sinodal, donde la fe de la mujer, con su presencia femenina, nos eduque en lo sagrado: de la

escucha, el diálogo, el perdón y la ayuda mutua. Pues, a lo largo de la historia, esa fecundidad, no solo le ha dado el lugar correcto a la mujer; sino que su presencia a favorecido la santidad en el mundo, y la sinodalidad no es restar autoridad; sino reconocer la participación de todos los fieles, que cualificados están llamados a servir recíprocamente, a través de los dones que han recibido del Espíritu Santo, junto con sus pastores; pues la misión es testificar el amor de Dios, en medio de toda la familia humana, desde distintos niveles de dirección. Y como animadores responsables, de la vida pastoral de nuestra diócesis, los aquí presentes, hagamos de esta cuaresma, tiempo de gracia, al renovar nuestras mentalidades y estructuras eclesiales haciendo viva la llamada de Dios, a la Iglesia. Fortaleciendo sinergias en todos los ámbitos de la misión. Y, haciendo propias las palabras del Papa Francisco, en el discurso del 50 aniversario del sínodo de obispos, el 17 de octubre de 2015: “El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio” Ya que la sinodalidad no es un eslogan, sino un estilo y forma de ser, a través del cual la Iglesia vive su misión en el mundo. Y cuyo objetivo no es proporcionar una experiencia temporal, sino ofrecer una oportunidad, en la que todo el pueblo de Dios discierna conjuntamente, cómo avanzar a largo plazo, en la construcción del reino de Dios.

Que, al ponernos la ceniza, seamos conscientes que nos arrepentimos, de solo recitar que todos los bautizados tenemos la misma dignidad, para disponernos, al encuentro con Cristo, ofreciendo espacios de formación, participación, planeación, organización y niveles de dirección, a todo el pueblo de Dios; donde laicos, religiosas y clérigos, vivamos la dignidad de bautizados (LG. 31-33. 46). Y esto nos lleve a la articulación pastoral, en las secciones diocesanas, grupos, movimientos y asociaciones, pero eduquemos para la transformación del mundo, en el campo eclesial y social, con paradigmas nuevos, que hagan a las parroquias “comunidad de comunidades”.

Pongamos, todos, nuestra persona y corazón, en el altar, para que con Jesús seamos alimento, de este camino sinodal, dejando nuestra isla y bregar todos en un mismo barco, que tiene como meta la patria eterna y como objetivo tirar la red en la misma dirección, con la conciencia de que solo hemos hecho lo que debíamos, ya que somos siervos, del Señor (cfr. Lc. 17, 10), en busca de la paz y haciendo carne lo que hoy cantamos en el Salmo: “El plan del Señor se mantiene por siempre” (Sal. 33, 11).

P. Javier Armando Espinosa.